



PABLO GALEANA.

Entre los mil episodios
que de valor hubo en Cuautla,
cuando Calleja y Morelos
como adalides peleaban,
el primero por el Rey
y el segundo por la Patria;
hay que consignar un rasgo
de muy singular audacia,
que descuella en ese sitio
de tan renombrada fama.

Cierta vez, los sitiadores
avanzaron á la plaza
atacando las trincheras
con denuedo y arrogancia;
y en uno de los reductos,
defendido por Galeana,
fué tan extremo el arroj
de las falanges contrarias,
que éste jóven insurgente
salió fuera de muralla,
disparando sin descanso
sobre el grupo que asaltaba.
Tanto arroj causó celo
al jefe español Segarra,
Que ardiendo en ira acercóse
hacia el valiente Galeana,

y cuerpo á cuerpo entablóse
 lucha mortal, que admiraban
 ambas fuerzas contendientes,
 sin disparar ya sus armas.
 Ese lance fué supremo:
 con su pistola, Segarra
 hizo fuego; más la suerte
 se le mostró bien avara,
 pues su enemigo salvóse;
 quien, con imponente calma,
 disparó su carabina
 derribándolo á sus plantas.
 De sus armas despojóle,
 y conduciéndolo en rastra,
 cual trofeo de su triunfo,
 salvó con él la muralla.
 Ante tamaño heroísmo,
 los soldados de Segarra
 se retiraron medrosos,
 en tanto que en la muralla
 los víctores resonaron
 á la par que las descargas;
 siendo aquel hecho glorioso
 el renombre de Galeana,
 de aquella cruenta lucha
 imperecedera página.

RAFAEL DEL CASTILLO.

Monterrey, Julio 2 de 1910.



GUADALUPE VICTORIA.

En el asalto que dieron
 á la ciudad de Oaxaca
 las huestes, que el gran Morelos
 en persona comandaba,
 se registró un hecho heroico,
 hecho digno de la fama,
 que en bronce debía esculpirse
 cual galardón de la patria;
 pues sólo en la antigua Roma
 se vieron tales hazañas,
 por hombres singularísimos
 que en su historia se destacan

Las trincheras de las calles
 y los fuertes de la plaza
 habían sido ya tomados
 á vivo fuego y matanza.
 Los repiques de los templos
 y las belicosas dianas
 resonando por doquiera
 la victoria proclamaban;
 mas "El juego de Pelota,"
 que fortificado estaba,
 era el teatro de una lucha
 sin ejemplo, denodada.
 Ancho foso le circuía,
 y nadie se aventuraba

á cruzarlo, sin que al punto
 en él la muerte encontrara.
 Don Guadalupe Victoria
 era quien acaudillaba
 á los bravos asaltantes
 de aquella última muralla
 defendida por "realistas,"
 y anheloso por tomarla,
 en un esfuerzo supremo
 de valor, tomó su espada
 y arrojándola hasta el muro,
 "Allá va en prendas esa arma;"
 les gritó con voz tonante,
 "voy por ella;" y á la charca
 del zanjón echóse á nado,
 desafiando la metralla.
 Tras él, sus fieles soldados,
 victoreándolo, se lanzan
 como alud que se despeña;
 cual turbión que se desata;
 y al desvanecerse el humo
 de la contienda empeñada,
 la bandera de los libres
 ondeó triunfante en la escarpa.

RAFAEL DEL CASTILLO.

Monterrey, Julio 2 de 1910.



¡Treinta contra cuatrocientos.

I

¡Patria! cantando tus glorias,
 mi espíritu se levanta
 sobre miserables pasiones
 con que una mentida fama,
 de tus hijos las grandezas
 algunas veces opacan,
 cuando hay en su vida, muchas
 nobilísimas hazañas,
 dignas del canto de Homero,
 y tristemente olvidadas.
 Por eso cuando á mi mente,
 acuden memorias gratas,
 de tus héroes denodados,
 y recorro aquellas páginas,
 que la historia nos conserva
 como herencia noble y sacra,
 yo siento al mover el pléctro
 sobre mi lira cansada,
 vibrar en cada sonido,
 todas las cuerdas de mi alma,
 como vibran las eólicas
 dulces y divinas harpas,
 y mi mente se transporta,
 á esas épocas lejanas,

de patriotismo ardoroso
 de luchas nobles y santas,
 de ideales que se fueron
 dejándonos triste el alma.
 Arrancar es necesario
 del olvido, algunas páginas,
 hoy que se aprestan tus hijos,
 ¡oh bella y querida Patria!
 á celebrar las proezas
 de tus héroes, las batallas
 en que vertieron su sangre
 para que te levantas
 entre las libres naciones,
 grande, feliz, respetada....!
 Callen las voces proscritas
 de las pasiones bastardas
 los rencores de partido,
 y las calumnias que infaman;
 y brillen en nuestro cielo,
 todas las glorias pasadas,
 y del mundo por los ámbitos
 vuelen del amor en alas.
 Juntos cantemos los días
 de Dolores y de Iguala,
 y en un mismo sentimiento
 ardan de fe nuestras almas.
 ¡Gloria á Hidalgo y á Iturbide!
 La justicia lo reclama;
 para los dos, hay un sitio
 ¡en el altar de la Patria...!

II.

Era una tarde de Junio, (*)
 rica en ornamento y galas,
 en que los verdes matices
 del campo y de las montañas,

(*) 21 de Junio de 1821.

bajo la bóveda inmensa,
 transparente y azulada,
 paisajes encantadores
 y caprichosos, formaba.
 Entre grandes arboledas,
 Querétaro se levanta,
 con sus cúpulas y torres,
 su alameda, y de sus aguas,
 el acueducto gigante,
 que el noble marqués del Aguila
 hiciera, y ha subsistido
 atrayendo las miradas,
 de los que ven en sus muros
 de lo pasado una página.
 Ya las tropas trigarantes
 que Iturbide acaudillaba,
 ostentando la bandera
 que juraron en Iguala,
 de haber conquistado el reino,
 en unos meses, pasaban
 camino de la metrópoli
 que rendir pronto esperaban,
 por Querétaro baluarte
 que de la realista causa,
 el brigadier Luaces tiene
 bajo su tutela y guarda.
 De que pasara el ejército,
 tres horas hacía escasas,
 cuando desde la Alameda
 en que Luaces contemplaba
 aquella patriota hueste
 con rencorosa mirada,
 vió descender por las lomas
 siguiendo la propia marcha
 del ejército, unos grupos
 pareciendo gente armada.
 Aplica el anteojo, Luaces,
 y ve con burlona calma,
 que la escolta de Iturbide,
 y él á su cabeza, avanzan,

con lento y tranquilo paso
sin el temor de asechanzas.
Luaces concibe una idea,
horrible, negra, satánica,
batir el pequeño grupo...
que por estar ya lejana
la fuerza, no auxiliaría
á su jefe en la demanda,
y este, prisionero, acaso,
ó muerto... Luaces daría
á la realista causa,
la más audaz y atrevida
de las guerreras venganzas.
Cuenta el número de tropa,
—Son ¡treinta! con burla exclama
—No pasarán, lo aseguro,
por el puño de mi espada...
y violento como el rayo
ordena se ponga en marcha
el Batallón "Zaragoza,"
cubriendo su retaguardia
con los "Dragones del Príncipe,"
y que la tropa mandada
por el coronel Bocinos,
militar de nombre y fama,
espere en "Arroyo Hondo"
aquella escolta que marcha
con un Genio á su cabeza
y en su valor confiada.
Doscientos ochenta infantes
de "Zaragoza," en campañas
probados, como valientes
por empresas temerarias,
y ciento veinte dragones
del Príncipe, cuyas lanzas
dejaron huellas profundas
en la insurrección pasada;
para batir á Iturbide
aprestan valor y armas.

Manda la pequeña escolta
como jefe, el denodado
Epitacio Sánchez; alma
de rudo acero, y de brazo
más temible que de Júpiter
los atronadores rayos.
Componen aquella escolta,
en que no había un soldado
que su valor y proezas
no acreditase, con rasgos
dignos de ser esculpidos
de la epopeya en los fastos;
quince dragones, y entre ellos
un alférez temerario,
que con otros ese día
honor y ascensos ganaron:
quince infantes cazadores
de su capitán al mando,
siendo del "Fijo de México"
los escogidos soldados,
y el capitán, un valiente,
el célebre don Mariano
de Paredes y Arrillaga,
á quien más tarde elevaron
sus méritos y servicios
de la presidencia al rango.

IV.

¡Hola! dice con acento
de verdadera amenaza
Iturbide dirigiéndole
á Epitacio la palabra;
parece que Luaces quiere
interrumpir nuestra marcha.
—En efecto, mas no cuenta
el Brigadier con las armas
que nosotros, y esto basta.

—Pues que lo quiere, adelante;
 responde Iturbide en calma,
 será nuestra la victoria,
 aunque sangre mexicana
 economizar quisiera...
 ¡A ellos! dice y la espada
 tantas veces victoriosa,
 brilla fuera de la vaina.
 —¡Señor, responde Epitacio;
 no os batiréis hoy, sagrada
 es vuestra vida, que encierra
 el todo para la patria.
 Dadnos sólo vuestras órdenes
 y os juro por esta lanza,
 que no os arrepentiréis
 de nosotros...

—Tenéis alma
 de titán, dice Iturbide,
 pero nunca en las batallas
 dejé de dar el ejemplo
 con mi brazo y con mi espada.
 —Lo daás con vuestra presencia,
 señor, y con esto basta.
 No os batáis, os lo rogamos
 en el nombre de la Patria...
 ¿Qué haría si vos faltárais
 en estos momentos? Baja
 la noble frente, Iturbide
 como si algo meditara;
 luego la yergue y dispone
 el orden de la batalla.
 quedándose de reserva
 con tres asistentes. Lanza
 á las enemigas tropas
 Epitacio una mirada,
 en donde brilla hondo fuego
 de valor y de esperanza,
 y grita, ¡Viva Iturbide!
 ¡Viva! responde entusiasta
 aquél puñado de héroes

en cuyas manos estaba
 salvándose ó pereciendo
 la libertad de la Patria;
 y veloces como el rayo,
 sobre el enemigo marchan;
 ¡quince ginetes lanceros
 y Epitacio á la vanguardia!
 ¡quince infantes cazadores
 y el capitán Arrillaga,
 apoyando á los ginetes
 desplegados en batalla!
 ¡Treinta valientes que un pueblo
 salvan en esa jornada...!

V.

Como el huracán bravío,
 los campos tala y destroza;
 como la negra borrasca
 deja las espigas rotas,
 y siembra el terror doquiera
 con sus estragos de tromba;
 así los treinta ginetes
 y cazadores, agostan
 como á débiles aristas,
 de Bocinos á la tropa,
 que desesperada lucha
 cuerpo á cuerpo con las sombras,
 que así parecen aquellos,
 fantasmas, que los destrozan,
 multiplicando lanzadas,
 vomitando con la pólvora
 rayos de muerte que al suelo
 los cadáveres arrojan...
 Sigue Iturbide con ansia
 desde la cercana loma,
 aquél desigual combate
 que muy hondo le impresiona,
 y tiene que dominarse
 á su pesar, mientras toma

carácter indeciso
 aquella lucha, que abona
 de los bravos contendientes
 las proezas asombrosas.
 Ve también desde una altura,
 Luaces con mirada hosca
 que sus soldados vacilan,
 que retroceden, y apocan
 el valor en que confiaba
 para obtener la corona
 del triunfo que proponía
 dar á la causa española.
 De pronto parte un ginete
 de los realistas; y asoma
 por otro lado Epitacio
 entre el humo de la pólvora.
 Se ven, y como saetas
 que el arco salvaje arroja,
 lanzan sus cabalgaduras
 para encontrarse una y otra.
 Más diestro Epitacio, esquivo
 de su contrario la roja
 lanza, que á clavarle vuela;
 y ya la suya, más corta
 va á hundir en el noble pecho
 del valiente, cuando asoma
 entre los dos, desalado
 el alférez de su tropa,
 de sangre y polvo cubierto,
 y con voz que la congoja,
 hace vibrante, y al mismo
 tiempo suplicante y honda;
 le dice:—No le matéis....
 ¡es mi padre....! y se desploma
 sobre el sudoroso cuello
 del noble corcel, que arroja
 por las hinchadas narices
 humo denso, y por la boca.
 El alférez y su padre,
 eran de sangre española,

pero los dos, mexicanos
 que militaban en contra
 uno de otro, en la contienda
 de realistas y patriotas.
 Era el hijo, don Vicente
 Miñón; alma generosa;
 y don Juan José, su padre,
 que á la bandera española
 fiel, iba á buscar la muerte
 en esa tarde afrentosa
 para las armas reales,
 para las otras; de gloria...!
 Es el último episodio
 de esa memorable hora,
 en que los realistas sienten
 el peso de su derrota;
 y en que humillado Luaces,
 ve regresar á sus tropas
 diezmadas y sin bandera,
 huyendo de los patriotas,
 que con vivas entusiastas
 ascienden hasta la loma,
 do los espera Iturbide
 celebrando su victoria,
 y mirando prisioneros
 hombres de carrera honrosa,
 Como Azcárate, Latorre,
 Velez, y Miñón y Alcorta,
 dignos de ceñir laureles
 y no de apurar deshonras.

VI

Para premiar Iturbide
 aquél portentoso hecho,
 que más parece forjado
 por el delirio de un sueño;
 ordenó que una medalla
 obtuvieran como premio,
 además de los honores

gratificación y ascensos,
 los valientes adalides
 que con su arrojo le dieron
 á la causa independiente
 del triunfo el toque postrero.
 Noble laurel ostentaba,
 de la medalla el reverso,
 con la memorable fecha
 de aquel acontecimiento,
 y con grandes caracteres,
 se miraba en el anverso,
 este inolvidable lema:

¡TREINTA CONTRA CUATROCIENTOS!

Así lo guarda la historia,
 así lo escribieron ellos,
 con la sangre generosa
 que por la patria vertieron;
 y así debemos nosotros,
 conservarlo en los recuerdos
 de tradiciones gloriosas,
 y de patrióticos hechos,
 para las generaciones
 que hoy pagan con el desprecio
 ó el olvido los ideales
 nobles, de nuestros abuelos.

A

ENO.



EL CURA MORELOS.

El Prisionero.

Que por más que se notaba
 Ser un preso, descubrirlo
 Sin sentir, era imposible
 Cierta respeto sumiso

Saavedra

I

En aquel mismo solar,
 Hoy de un alcázar asiento,
 Se alzaba en el siglo quince
 Otro palacio soberbio.
 Donde una espléndida corte
 Cabeza de un vasto imperio,
 Ostentaba ricas galas,
 En armas, oro y arreos:
 Donde príncipes aztecas,
 Donde capitanes fieros,
 Caciques de las provincias
 Y enviados de extraños pueblos,
 Ante el sultán mexicano
 Humildes en boca y gesto,
 Depuestas plumas y joyas,
 Doblando á la tierra el pecho,
 Rendían de obediencia parias
 Y de vasallage pleito;
 Siendo felices si logran
 Gracia del monarca egregio,

Cuya grandeza acataban,
A cuyo poder tremendo
Se inclinaban soberanos,
Pontífices y guerreros.

Pero poder y grandeza
Que á poco andar de los tiempos
Pasaron ¡espanto causa!
En baldón y vilipendio.

Y el monarca y los vasallos,
Las provincias y el imperio,
La corte como el palacio
En la destrucción cayeron;

No de la edad agobiados,
Bajo el yugo de extranjeros,
Que desde ignotas orillas
Camino en la mar se abrieron.

Así suele roto el cráter
Abrasador mongibelo,
Sepultar una región
Dentro de un lago de fuego.

De entonces ese palacio
Y ese de palacios pueblo,
Con sus encumbradas torres,
Con sus espaciosos templos,

Se van alzando y extienden
Sobre el caído esqueleto
De alcázares, de "Teocallis"
Que le sirven de sustento,

Como nace de la encina
La yerba, en el tronco excelso,
Que derribó el huracán
Y se ha podrido en el suelo.

Terrible lección, terrible,
Ese palacio ofreciendo
Ha estado en años lejanos
Como en el presente tiempo.

En sus diferentes formas,
En sus matices diversos,
En sus elevados muros,
Bajo sus dorados techos,

¡Cuántos sangrientos arcanos,
Cuántos horribles secretos
Ha recogido y guardado
De sus señores y dueños!

Escrito dice en sus naves,
Escrito en el pavimento:
"Fuera el clamor, la miseria,
"La pompa, el orgullo, dentro"

Y vive Dios que el alcázar
Tantos ropajes vistiendo
En mil fases reproduce,
Constantemente un efecto

En ese propio solar,
En el palacio que vemos
Morada de los virreyes,
Gobernadores del reino,

De la rica Nueva-España,
Ha cinco lustros y medio (*)
Tras las cortinas de seda
Que están los vidrios cubriendo

Y á la luz de dos bujías
En apartado aposento,
Dos sombras se dibujaban,
El ademán describiendo

De dos interlocutores
Que discurren satisfechos,
El uno de faz altiva,
Adusto, iracundo aspecto;

En un sillón se reclina
Forrado de terciopelo
Carmesí, con franjas de oro.
En pie el otro y descubierta,

Ya entrado en edad, vestía
Traje militar; al verlo
Se nota que de camino
Llegaba en aquél momento.

(*) Este romance se escribía el año de 1848.

Un caballo que en la calle
Y de las riendas del freno
Tiene un soldado y pasea,
También induce á creerlo.

El jefe recién llegado,
Aunque muestra gran respeto
Al personaje orgulloso,
En su sanguinario ceño,
En su encapotada frente,
En su arrugado entrecejo,
De un esbirro ó de un verdugo
Tiene como escrito el sello.

A saber lo que discurren
Tan parecidos sujetos,
Con el odio, la venganza
Se presumiera en concierto.

Después que hablaron de modo
Que no se oye por lo quedo,
Dijo, dejando el sillón
Como quien manda, el primero:

"A usted, señor "Concha," encargo
La vigilancia del reo;
La ejecución será pronta,
Como rápido el proceso;
Que la pasada de Cuautla
Por Dios olvidar no puedo;
Y dudo que esté seguro.
Vuélvase usted á su encuentro,
Y cuente que es responsable...."

"A vueselencia lo ofrezco,"
Contesta el segundo, y sale
Humilde saludo haciendo.

El que la orden había dado
Era el virrey nada menos
Don Félix María Calleja,
De abominable recuerdo.

Terminó la conferencia,
Y á muy poco un movimiento
General hay en Palacio,
La guardia de alabarderos

Se duplica, las patrullas
Van la ciudad recorriendo:
No permiten reuniones
Ni corrillos en el pueblo:

A todo hombre se detiene,
Se interroga, y en acecho
Van como espías, disfrazados,
Los agentes del gobierno.

Un rumor ha circulado
Que llena á todos de duelo,
Y origina al que es criollo
Lástima, dolor y miedo.

Por eso ricos y pobres,
Ora nobles y plebeyos,
Se ocultan, y la ciudad
Se queda como un desierto.

En sus desoladas calles,
En los edificios yermos,
Y de los mustios faroles
En los lánguidos reflejos,

Todo es pavor y tristeza,
Obscuridad y silencio,
Que la voz lúgubre "alerta"
De los militares puestos

Interrumpe y se ve sólo
La errante luz de un sereno,
Que miente una aparición
En un vasto cementerio.

Formando calle camina
Una tropa de lanceros,
Tirada el arma á la espalda,
Los ojos y el pensamiento

Clavados en dos personas
Que cabalgan en el centro:
Uno el jefe de la escolta,
Coronel de un regimiento

De realistas, tres galones
De plata lo están diciendo,
Sobre la vuelta de grana
Y casaca oscura, puestos.

“En su encapotada frente,
En su arrugado entrecejo,
De un esbirro ó de un verdugo,
Tiene como escrito el sello.

“Es don Manuel de la Concha,
De abominable recuerdo;”
Quien de sangre mexicana
Se manifestó sediento.

El que en la guerra de once años
Que crueldades cometieron
Con furor, un bando y otro,
En este infelice suelo,

Llegó á distinguirse tanto
Por lo atroz y carnicero,
Qué era sentencia en su boca
Por ella hablando el infierno.

Siempre que aprisiona un hombre,
Ya con armas, ya indefenso,
Pacífico, en despoblado,
O en el campo combatiendo,

“¿Es insurgente? que muera.
¿No es insurgente? pues luego
Fusilarlo; de este modo
No habrá de llegar á serlo.”

¡Bárbaro! ¿quién le anunciara
Que seis años transcurriendo,
Y vencido por las armas
De sus contrarios, al puerto
En camino recogiera

De sus maldades el premio;
Y bajo aleye cuchilla
De enemigos encubiertos

Con el disfraz en el rostro,
La rabia en el alma, ardiendo
En la fiebre de venganza,
A los golpes caería muerto?

Fué un atentado, fué crimen
Que hace erizar el cabello.
De los agresores viles
El nombre no conocemos,

Y aún es mejor ignorarlo,
Si un ejemplar escarmiento
Para el malvado que viola
De la humanidad los fueros,
No había de purgar la tierra
De esos monstruos. Pero el cielo
Tenía de Concha el castigo,
En sus arcanos dispuesto.

En un todo diferente
De aqueste, el otro sujeto
Que caminaba á su lado
De los soldados en medio,
Era de semblante afable,
Dulce, sin faltar lo serio,
De franca, noble expresión,
Y magestuoso aspecto:

Indígena la calor
Se inclinaba á lo moreno
Sin desagrado, en sus ojos
Brillan los rayos del genio.

La forma de su vestido
Sencillo y del todo negro,
Y un listón azul que adorna
Por el derredor el cuello,

Demuestran que es sacerdote:
Aunque portara á quererlo,
Insignias y distinciones
Alcanzadas con los hechos.

Mas al contrario, desnudo
De pompas, de abatimiento
No da indicios, y tranquilo
Marcha con rostro sereno,

Como el que camina libre,
Aunque sabe que va preso:
Tal vez á morir cercano
De evitarlo sin un medio.

En este ilustre caudillo
Y eclesiástico modesto,

A veces peón humilde
 Erigiendo á Dios un templo:
 Ora ganando batallas
 Como indomable guerrero;
 O ya reflexivo, sabio
 Y prudente en el consejo:
 En el que se ve mezclado
 Lo celestial y terreno,
 Y del arcángel y el hombre
 Lo más puro, lo más bello:
 Al que mira con ternura
 Y con estupor el pueblo;
 Y al que Concha ve con susto,
 Pero trata con obsequio,
 Extraño en él hasta entonces,
 Era el gran cura Morelos,
 De los mexicanos gloria,
 De sus opresores miedo:
 Que en un azar de la guerra
 Fué cogido prisionero,
 Y se le juzga y sentencia
 Como insurgente y ateo,
 Proscrito y escomulgado,
 Según la opinión del tiempo,
 Que unánimes inculcaban
 Anatemas y decretos.

II.

El Vaticinio.

..... Aunque joven
 Esa espada escolté yo,
 (El mismo.)

Era un calabozo estrecho
 De la fuerte Ciudadela,
 Cuanto los hierros permiten
 De la bien segura verja,
 Dirije la vista absorto
 Y la campaña contempla.



Morelos en su prisión.

Un reo de Estado, al que guardan
Atentos los centinelas.

Algunas veces á largas
Cavilaciones se entrega,
Como el que discurre medios
Contra su fortuna adversa;

Tal vez de su estado antiguo
Pasadas glorias recuerda,
O de sí mismo olvidado
En otros objetos piensa;

Que no es un hombre vulgar
A quien la desgracia aterra,
Sino un varón cuyo nombre
Por todas partes resuena.

Hoy es sólo un prisionero,
Al que el destino condena
A merced de los contrarios
Que su perdición anhelan;

Mientras que otros pensamientos
Otras grandes lisongeras
Esperanzas y altos fines
En aquél muro se estrellan:

En el muro que lo guarda,
En la prisión que lo encierra,
Solo, pobre, desvalido,
Sin apoyo ni defensa;

Pero que en tal desventura
Mucho de grande conserva.
Enemigos lo aborrecen,
Mas lo temen y respetan;

Y hasta aquella misma gente
Y atrevida soldadesca
Que lo custodia, á su vista
Contiene la inmunda lengua;

Y no hay tampoco un soldado
Español que á su presencia
Se acerque sin saludarlo
Con la mano en la visera,

La sumisión demostrando
Que sólo á sus jefes muestra,

Dominio propio del genio
 Y de la virtud que impera,
 Con el poder invisible
 Que al impuro vicio enfrena;
 Y por eso de admirarse
 No es, ni causar extrañeza
 Que á despecho de opiniones
 Y de calumnias protervas,
 A un general de insurgentes
 Tales honras se conceden.
 Ya de su constancia heróica
 Hoy ha sufrido otra prueba
 En las cárceles de Estado
 Y en otra prisión funesta.
 Allí verdugos, no jueces,
 Sin descansar lo atormentan,
 Ya con cargos ó capciosas
 Preguntas, con que quisieran
 Arrancarle, pero en vano,
 Delaciones; su firmeza
 La intención maligna burla,
 Y aún humillar consiguiera
 A "Bataller," el oidor,
 Que á pesar de su insolencia,
 Del preso no ha conseguido
 Sino precisas respuestas,
 Y algún sarcasmo que abate
 Su atrevimiento y soberbia,
 Los padres inquisidores
 Con premura y diligencia
 El tribunal presurosos
 Del Santo Oficio congregan
 Para juzgar el proceso
 Sobre puntos de creencia.
 Los cargos Morelos oye,
 Y con mesura contesta:
 "No es impío quien por su patria
 Y su religión pelea:
 No es hereje el que á Dios vivo
 Con su mano templo eleva,

Y escribe las oraciones
 Que en su santuario se rezan."
 Así responde y confunde
 A los jueces que le asedian
 A preguntas, y á las cuales
 Opone la indiferencia.
 ¿Pero ha vencido, ó acaso
 Tiene el dolor otra cuerda
 Que tocar? Viene "Bergoza,"
 El obispo de Antequera,
 A quien Morelos triunfante
 Vida conservó y hacienda;
 Pero no en el duro trance
 A darle consuelos. Llega
 Como juez á presidir
 La ceremonia postrera,
 Para que del reo se haga
 Al brazo seglar la entrega.
 Dada que fué la señal,
 La ceremonia comienza:
 Le raen manos y corona,
 Hasta que la sangre enseñan,
 Para destruir ¡oh, dolor!
 Con el hierro y la violencia
 Material, aquel carácter
 De sacerdote que lleva
 Impreso indeleble el alma....
 No es del dolor, no, la fuerza,
 La que siente y conmovido
 Con amargura lamenta.
 Cien heridas y la muerte
 No harán que exhale una queja;
 Pero es Morelos humano,
 Tiene una fe que venera,
 Y el dolor que está sufriendo
 Es de otra naturaleza.
 ¡Privado del sacerdocio!
 ¡Indigno de aquella esencia
 Que ha recibido...! Su angustia
 Rompe de abundante vena

Y llora... Luego el obispo
También á llorar empieza...
Dentro el triste calabozo
Tan dolorosas escenas,
Tiene á los ojos Morelos
Y vivas se le presentan,
Como demandando alivio
Al cielo la vista eleva
Y la fija en el Ocaso,
Donde la tarde serena
Con los rayos que declinan
Tiñe de carmín la esfera.
Un grupo de pardas nubes
Que á impulsos del viento vuelan,
Suspendido en la montaña
Adquiere formas diversas
Y describe mil figuras
Extrañas, que representan
Campos, ciudades y gentes,
Entre las cuales descuella
Una colosal fantasma,
Que tiene en la mano diestra
Teñido un puñal de sangre:
Con la otra agita una tea
Encendida, que humo arroja
Y lo que toca lo incendia,
Cayendo al pie del coloso,
O de la fantasma negra,
Grupos de formas humanas
Que en su sangre se revuelcan.
Morelos suspira entonces,
Y dice: "¿De esta manera
Sostienen su predominio
Los déspotas de la tierra?"
Después de una corta pausa
Volviendo á alzar la cabeza,
Halló el dibujo variado
Y decoraciones nuevas;
En vez del monstruo, una planta
Coposa y gentil, do cuelgan

Rojos sazonados frutos
Que descienden y alimentan
Al parecer, á millares,
De figuras placenteras,
Según el aire y contornos
En que los rayos reflejan
Del sol, que asoma un instante
Dorando la cabellera
Del árbol bello y frondoso
Como radiante diadema.
Vuelve á suspirar el preso;
Pero en su faz satisfecha
Una ráfaga de luz
Brilla como de suprema
Inspiración, y solemne
Añade su voz: "Ya llena
Está, patria, la medida:
Un destino igual espera."

¡Oh Morelos! Yo era niño
Cuando tu vida y proezas
Me contó mi amado padre,
Y tu sensible tragedia.
Pasaron después seis años,
Y aunque ni el bozo siquiera
Sobre mi labio asomaba,
Ya seguí tras de la enseña
Tricolor, y en la ciudad
De México, entré con ella.
Todo allí júbilo, gala,
Todo regocijo y fiesta;
Pero en la marcha triunfal
Recordé la historia acerba
Con dolor, y á tu memoria
Pagué una lágrima tierna.

!Un abrazo!

Se ajusta el traje, desentore
La garganta.....

(idem.)

En una casa del pueblo
De Ecatepec, almorzando
Estaba el Cura Morelos
Con un coronel al lado
Y con otros oficiales
Que lo siguen: colocados
Hay algunos centinelas
En las puertas, y á llo largo
Dentro la sala pasean
Otros dos, el arma al brazo.
También la escolta en la plaza
Está formada en descanso;
Y hay una guardia que niega
De la habitación el paso,
A los del lugar confusos
Y curiosos paisanos.

Imútil es que procuren
Acercarse, ó acechando
Indaguen lo que allá dentro
Se está á la sazón tratando;
Darían muchos sus haberes
Y su vida por lograrlo:
Por escuchar un acento
O recoger un vocablo:
Mas si con este designio
Se aproximan, lo s soldados
Los retiran con palabras
Soeces y á culatazos.
Mientras sirven á la mesa
Uno en pos de otro los platos,
Jovial la conversaci6n
Habíase en ella entablado

Sobre la iglesia del pueblo,
Su arquitectura y tamaños;
Morelos daba su voto
Con discernimiento raro;
Y prosiguió discutiendo
Con igual desembarazo,
Hasta que acabó el almuerzo
Y los manteles alzaron.
Reinó después el silencio,
Que interrumpie á poco rato
El coronel, aunque muestra
Encontrarse algo turbado,
Y como el sembrante huyendo
Dice á Morelos: “¿Acaso
Usted sabe á que ha venido?...”
—“No lo sé, pero lo alcanzo.”
Aquel responde... “¿ morir... ”
—“Si, contesta, es necesario
Disponerse...” —Lo comprendo,
Dentro de breve despacho;
“Mas permita usted que acabe
De “fumar” este “tabaco.”
Le replica, es mi costumbre;...”
Y dió principio á fumarlo
Con sosiego. Un religioso
Del orden de franciscanos,
(Que ya prevenido estaba)
Entra para confesarlo.
“Mejor que á su reverencia
Escogiera yo al vicario
Del lugar;...” Morelos dice;
Y hacen al punto llamarlo.
Llega, alfabie lo recibe,
Arroja al suelo el tabaco,”
Entrase en un aposento
La puerta tras sí cerrando.
No tardó la absoluci6n,
Saló Morelos del cuarto
Con el mismo continente
Sereno con que había entrado:

Más triste y más abatido
Se ve el rostro del vicario,
Que no el confesor parece,
Sino el preso confesado.

En ese propio momento
Fuera las cajas sonaron;
"Es para formar el toque,
Morelos dice, no hagamos
Esperar más á la tropa,
"Y deme usted un abrazo,"
Señor "Concha," ¡el postrimero!..."
Después al cuerpo ajustando

La turca, prosigue: "aquesta
Será mi mortaja; no hallo
Otra aquí..." Los concurrentes
A estas palabras lloraron.
A la calle se dirigen,
Marchan detrás los soldados
De la guardia, el sacerdote
camina del preso al lado;

En la plaza se detiene,
Y un crucifijo tomando
Del ministro que lo exhorta,
Lo besa y pronuncia claro
Estas precisas palabras:
"¡Oh Señor! si bien he obrado
En el mundo, tú lo sabes:
Si mal, me acojo al amparo
De tu bondad infinita..."

Se llegan para vendarlo
Con un lienzo: lo retira,
Diciendo: "no es necesario,
Nada distraerme puede
En este sitio;" le instaron
Otra vez, y cede entonces;
La venda toma en sus manos.

Cubre con ellas sus ojos,
Y pregunta "¿hemos llegado?
¿Es aquí?..."—"Más adelante"
Le dicen.—Dá algunos pasos:

¿Aquí?... (otra vez) Sí, responden;
Se arrodilla, y no bastando
Los tiros que le disparan,
Con un ligero intervalo
De larga y común angustia
Para los que presenciaron
mudos la escena cruenta...
Otra descarga ha sonado.

JOSE DE J. DIAZ.

Jalapa, Septiembre 13 de 1845.